

miento católico en España a lo que en Holanda han significado a lo largo de su historia las diferentes confesiones que en estas regiones se desarrollaron desde la Reforma. Con la emergencia del movimiento católico español se inicia un leve proceso de «pilarización», en el que la Iglesia, posiblemente pierde influencia social, pero gana en un cierto poder político.

Sugere, muy sugere, nos ha parecido la aportación del profesor Manuel Ortiz Heras. Aun cuando nos ofrece una visión un tanto manida de la Iglesia como controladora, es muy rica su aportación cuando presenta los esfuerzos iniciales del Estado franquista para controlar a la Iglesia española. En este trabajo se nos regalan algunas primicias documentales de lo que fue el trabajo del Gabinete de Enlace, ideado por Fraga Iribarne, dependiente directamente del Ministerio de Cultura y en su tanto del Ministerio del Interior, cuyo objetivo era informar de todo lo relacionado con las actividades, opiniones y movimientos de los religiosos y clérigos de la España de los sesenta y primeros setenta. Con todo, lamentamos que el autor no nos haya presentado con mayor detalle el paso de la Iglesia de controladora a controlada. Desigual y sin apenas aportación alguna es el estudio sobre la Prensa religiosa española, escrito por Isidro Sánchez. Novedoso y un tanto polémico resulta el estudio que sobre las mujeres presentó la profesora Mónica Moreno Seco. Aun cuando reconoce los grandes beneficios que el asociacionismo católico tuvo tanto en su aspecto organizativo como en sus acciones apostólicas, el lector, pese a los lentivos de la conclusión, se queda con la impresión de que las mujeres católicas nunca alcanzaron la mayoría de edad y que fueron siempre directas servidoras de una Iglesia machista y patriarcal. Olvida la autora la labor que las consagradas, mujeres por excelencia en el ideario católico, llevaron a cabo en el campo social y de la beneficencia como en el educativo y catequético.

En suma, damos la bienvenida a las aportaciones que desde las nuevas universidades españolas están viniendo y deseamos un mayor diálogo y concurrencia académica entre las facultades humanísticas de la Iglesia y las nuevas cátedras y foros intelectuales de la España plural. Hubiese sido muy conveniente que la rica tradición intelectual de los historiadores de la Iglesia en España hubiese estado más presente. Apreciamos en muchos de los jóvenes historiadores españoles un cierto desconocimiento de los contextos más íntimos de la vida de la Iglesia española, deficiencia que salvan, no siempre con mucho tino, con la adaptación de modelos sociológicos del exterior para el caso español. Y lamentamos que no pocos historiadores eclesiásticos desconozcan las aportaciones de los que no piensan y viven como ellos. En unos y en otros está la verdad. Unamos fuerzas para conocer mejor y más desde dentro una realidad universal y englobante de nuestro ayer y de nuestro hoy.—ALFREDO VERDOY, S.J.

CASTELLS, JOSÉ MARÍA - HURTADO, JOSÉ - MARGENAT, JOSEP MARÍA, *De la dictadura a la democracia. La acción de los cristianos en España (1939-1975)* (Desclee de Brouwer, Bilbao 2005), 526p., ISBN: 84-330-1944-9.

Entre el 2 y el 5 de marzo de 1999 tuvo lugar la celebración de un congreso en Sevilla, organizado de manera conjunta por el Área de Cultura del Ayuntamiento

de Sevilla y el Centro Pedro Arrupe de esta misma ciudad, cuyos resultados son recogidos, en su inmensa mayoría, en este libro. Aunque estos han tardado más de cinco años en ver la luz, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que, una vez leído el conjunto del libro, dicha espera ha merecido la pena. Se trata, en ese sentido, de una de las mejores aportaciones que ha habido sobre el tema en los últimos años, y ello tiene su explicación en que prácticamente todos los autores son reconocidos especialistas en la materia y, además, todos y cada uno de ellos han escrito algo en concordancia con lo que ha sido su principal línea de investigación. En efecto, pocos son los historiadores de la Iglesia especialistas en el tema y de reconocido prestigio que han quedado fuera de la obra.

No obstante, parte de estos autores son personas que tienen una vivencia personal de lo sucedido. Tal es el caso, por ejemplo, de Joaquín Ruiz-Giménez, Alberto Iniesta, José María Javierre o Carlos Amigo Vallejo. Pero, al lado de ellos, se encuentran personas que han trabajado esta etapa histórica desde diferentes perspectivas que permiten a la obra exhibir un carácter multidisciplinar. Podemos encontrar a sociólogos como Rafael Díaz-Salazar; constitucionalistas pertenecientes al mundo católico como José Antonio González Casanova o simples seglares como Rosario Bofill; estudiosos de la *Acción Católica*, ya sea la organización de carácter general (Feliciano Montero) o los movimientos especializados (Basilisa López García, Antonio Murcia o Enrique Berzal de la Rosa); reconocidos hispanistas, como Alberto Melloni, Paul Valadier o Giuliana Di Febo; y, en fin, otros destacados historiadores (Hilari Ragner, Juan Bautista Vilar, Leandro Álvarez Rey) que vienen a completar una extraordinaria nómina de hasta 25 autores. Con razón dice Josep María Margenat en su introducción que este libro recoge una pluralidad de estudios sobre el factor católico durante la dictadura de Franco, destacando el compromiso que los cristianos tuvieron en la configuración de una mentalidad democrática dentro de la sociedad española, que acabaría plasmándose en un sistema político que ha perdurado hasta nuestros días.

De esta manera, la obra se inicia con el testimonio personal de Joaquín Ruiz-Giménez, una de las figuras más destacadas del catolicismo español a lo largo del siglo xx. Su trayectoria parece, en ese sentido, difícil de igualar: Presidente de *Pax Romana*, Embajador ante la Santa Sede, Ministro de Educación (una de las carteras más importantes para la Iglesia), líder de la democraciacristiana (por la que sería una de las cabezas de cartel en las primeras elecciones de la democracia, las de junio de 1977), etc. A Ruiz-Giménez se le pidió que hablara sobre los años 1962-1975, que son los que transcurren entre el comienzo del Concilio Vaticano II (1962 es también el año del famoso «contubernio de Munich», en el que estuvieron implicados los democristianos españoles) y el final de la dictadura de Franco. Ruiz-Giménez, en ese sentido, afirma con total contundencia que el papel de los católicos en el final del franquismo resulta imposible de comprender sin la figura clave del Cardenal Tarancón y que ello tendría relación muy directa con la transformación tan profunda que tuvo lugar dentro de la jerarquía católica española. Y es que, a la luz de lo narrado por Ruiz-Giménez, la principal conclusión a la que uno llega es que los católicos realizaron todo un esfuerzo de apertura y acercamiento a mundos que hasta ese momento le resultaban ajenos, como era, por ejemplo, el de la izquierda tanto político como sindical. En otras palabras, se rompió con el mito de que la Iglesia era una institución esencialmente conservadora y, por tanto, de derechas.

Para entender este cambio parece difícil negar el impacto esencial que tuvo en todo ello el Concilio Vaticano II. Y no sólo sobre el catolicismo español, sino también en el conjunto del catolicismo europeo, que tanta importancia poseía ante el auge que la democraciacristiana había tenido tras el final de la Segunda Guerra Mundial: De Gasperi en Italia, Adenauer en la República Federal de Alemania, e incluso años más tarde Eduardo Frei Montalva en la lejana Chile, ponían de manifiesto la importancia de los partidos confesionales en algunas democracias muy consolidadas. Esto es precisamente lo que aborda el italiano Alberto Melloni, para quien la decisión de Juan XXIII de convocar el Concilio Vaticano II tuvo gran importancia porque ello permitía al catolicismo reencontrar una sintonía profunda con la Historia y le posibilitaba, al mismo tiempo, salir de un aislamiento del cual el presencialismo político constituía una función y no un remedio en sí. En una parecida línea se mueve el estudio del francés Paul Valadier, quien se muestra convencido de que el cristianismo realizó su propia aportación al sostenimiento y fortalecimiento de los sistemas democráticos, consciente de que los totalitarismos antidemocráticos constituían un peligro no sólo para los derechos y libertades fundamentales, sino también para la propia conciencia. El historiador galo no puede ser más claro al decir que no hace falta señalar «en rojo» las notables «complicidades» entre las convicciones cristianas y los valores democráticos.

¿Y cuál era la situación del catolicismo español? Uno de los editores del libro, Josep María Margenat, encargado de hablar de este asunto concreto, no puede ser más contundente: la Iglesia Católica española llegó al final del Concilio, esto es, a diciembre de 1965, con un apoyo «más o menos sincero» al régimen franquista. A partir de aquí comenzaría el cambio, en lo que él denomina «segunda Dictadura», si bien este término debe ser matizado desde un punto de vista historiográfico, ya que realmente el cambio se había producido en 1957, cuando la salida de Martín Artajo de Asuntos Exteriores y la entrada paulatina en el Gobierno de los llamados «tecnócratas» llevó a una reorientación de la dictadura que, no obstante, nunca abandonó su carácter personalista y autoritario. Margenat cree, con acierto, que para entender la actuación del catolicismo español resulta necesario remontarse a los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera y de la república que le acabaría, a la sazón, sucediendo. Y en ello debe imbricarse un término que todavía goza de gran resonancia: el *nacionalcatolicismo*. Para el historiador catalán, España encontraría su esencia en reconquistarse para el catolicismo, porque, sólo cuando era católica, era verdaderamente España (es decir, existía una innegable consustancialidad entre la nación española y la religión católica). El *nacionalcatolicismo* se acabaría convirtiendo en factor legitimador del Estado nacido de la sublevación del 18 de julio de 1936, lo que llevaría a una confrontación con una ideología alternativa como era la católica. Todo cambiaría a partir de 1965: es lo que Margenat llama la «década prodigiosa», donde se produciría la «deconstrucción» del *nacionalcatolicismo*. En otras palabras, su destrucción paulatina. Con razón dice este historiador que la Iglesia tendría que pagar un alto precio por su independencia, pero sería precisamente la construcción de una nueva teología política la que le permitiría vivir inserta en un sistema democrático.

En ese sentido, recuerda Francisco Fernández Buey, uno de los elementos más llamativos de la Iglesia posconciliar lo constituiría la apertura de un diálogo con el marxismo, que ejercería una evidente influencia sobre el pensamiento de un buen número

ro de militantes cristianos. Este autor presenta una interesante reflexión sobre los mecanismos que permiten este diálogo, entre los que se encuentran, a su juicio, la política de reconciliación nacional puesta en marcha por el *Partido Comunista de España* (PCE), que permitiría que la llamada «cuestión religiosa» pasara a un segundo plano. De hecho, cuando el 9 de abril de 1977 Adolfo Suárez decidió legalizar el PCE, la Iglesia Católica manifestaría un escrupuloso respeto hacia la medida, enterrando pasados odios y desencuentros entre ambos.

Rafael Díaz-Salazar, uno de nuestros mejores y más completos sociólogos, quiso aportar su «granito de arena» a esta monografía con un estudio sobre la religión y la socialización política de los católicos en la lucha contra la dictadura. Este especialista afirma el carácter clave de los movimientos y asociaciones apostólicas, así como de los medios de comunicación unidos a estos. Ello le lleva a realizar una minuciosa enumeración de los elementos que actúan en esa oposición al franquismo: campañas, cursillos nocturnos, editoriales como *Popular*, revistas como *Tú o Juventud Obrera*, etc. Lo que él denomina «católicos de izquierda» centraron su labor en tres direcciones: la prioridad de los pobres, la centralidad de la persona frente al capital y al Estado, y la socialización de la economía desde la perspectiva de la comunión de bienes. Ello lleva a que la política fuera concebida como un medio al servicio de estos principios y no como un fin en sí misma.

Pero, ¿era igual el comportamiento de unos católicos en unas y otras zonas de España? Eso es precisamente lo que se dedica a analizar la segunda parte del libro. Anabella Barroso la inicia con una muy interesante aportación sobre el mundo vasco, ya sea en su vertiente clerical o laical. Esta historiadora realiza una precisión muy importante al inicio de su estudio: hablar de la estructura laical en el País Vasco supone hablar de algo tan complejo como es la sociedad vasca. A esta precisión se añadirá una segunda que resulta muy interesante: la Iglesia vasca vivió una evolución similar a la del resto de España, pero la diferencia radica en que la exterioriza de una manera más conflictiva y, por tanto, más traumática. Quizá lo más interesante sea comprobar que, aunque de una manera muy particular y que tardaría bastante tiempo en repetirse, fueron los clérigos vascos los primeros en rebelarse contra Franco, ya que en noviembre de 1944 se produjo el envío de una carta al Vaticano donde se denunciaba la actitud represora del Régimen y la necesidad de proteger los derechos humanos más fundamentales incluso fuera de la propia diócesis de Vitoria. El estudio de Barroso viene a confirmar, por tanto, la peculiaridad de un clero que hizo posible que, mientras Franco colmaba a la Iglesia de privilegios, diecisiete sacerdotes nacionalistas fueron fusilados en la España «nacional» durante la propia guerra. En este sentido, la aportación de Barroso constituye, a nuestro juicio, una de las más brillantes dentro del conjunto de la obra.

El caso catalán, que fue el otro caso de especial rebeldía durante el franquismo, es analizado por un miembro de dicho clero, el benedictino Hilari Ragner. Aunque este historiador se ha especializado en el tema de la Iglesia durante la Guerra Civil española, su conocimiento de la realidad catalana resulta tan evidente que ello justificaba el que diera su visión personal de lo que sucedió en Cataluña. Aquella Iglesia rebelde sería denominada por Ragner como de «bonzos incordiantes», y para entenderla este benedictino cree necesario, como antes lo hicieron Margenat o Barroso, retroceder a los tiempos de la Guerra Civil. A su juicio, la Iglesia catalana había sido

hábilmente «decapitada» por el General Franco con el exilio forzoso del Cardenal Vidal i Barraquer, por lo que éste no crearía problemas de importancia real hasta prácticamente después del Concilio Vaticano II (las únicas excepciones se centrarían en el llamado «Grup Torras i Bages»). Eso sí, fue clausurar el Vaticano II y desatarse de manera inmediata las hostilidades. En efecto, el 21 de febrero de 1966 se hizo público el nombramiento como Arzobispo coadjutor de Barcelona del vallisoletano Marcelo González («Don Marcelo») y sólo unas semanas después se producía la primera acción de rebeldía (la llamada «capuchinada», el encierro en el convento de los capuchinos de Sarriá entre el 9 y el 11 de marzo). Sería tan fuerte la presión ejercida por los catalanes que Marcelo González duraría poco más de cinco años al frente de Barcelona (aunque sí llegaría a relevar a Gregorio Modrego) y su sucesor, como no podía ser de otra manera, sería un catalán nacido en las cercanías de Barcelona, Narcís Jubany. Ello se vería acompañado de un evidente antifranquismo por parte de los católicos catalanes, un antifranquismo que, a juicio de Rager, destacaba por su carácter popular y amplio.

Resaltando la idea de que se trata de una monografía bastante completa, Juan Bautista Vilar se encarga de analizar la problemática de las minorías religiosas en un país, España, cuya tradición católica resultaba y sigue resultando abrumadoramente mayoritaria. En realidad, este historiador de la Universidad de Murcia se centra en exclusiva en el problema de los protestantes, que eran, a la sazón, el grupo de mayor importancia, a clara distancia de los judíos o de los ortodoxos. Y también acota el tema de manera temporal, ya que su investigación se circunscribe en exclusiva a los años previos a la firma del Concordato de 1953, que son precisamente aquellos donde se da un grado de menor tolerancia hacia las confesiones no católicas.

A partir de aquí, las aportaciones se van haciendo más diversas. Leandro Álvarez Rey, por ejemplo, se encarga de estudiar la compleja relación entre dos de los grandes políticos democristianos del franquismo, Manuel Giménez Fernández y José María Gil Robles. A lo largo de estas páginas constatamos la existencia de dos grandes personalidades, dos figuras brillantes que, sin embargo, sucumbirían, como tantos otros, a la omnipotente figura del General Franco. En esta ocasión, como también en la de Vilar, el marco cronológico no llega a los importantes tiempos del Posconcilio.

José Antonio González Casanova, por su parte, se pregunta si el *Frente de Liberación Popular* podía ser considerado un partido cristiano de izquierdas, llegando a la conclusión de que no podía recibir tal consideración. Este Catedrático de Derecho Constitucional deja a su buena amiga Rosario Bofill que sea ella quien hable de *El Ciervo*, la revista católica barcelonesa que se atrevió a discrepar en medio de aquel universo *nacionalcatólico*. Esta interesante publicación supondría un soplo de aire fresco en aquel ambiente casi asfixiante y no resulta de extrañar que el Decano de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Ramón Llull, en un testimonio recogido por Rosario Bofill, dijera que *El Ciervo* había constituido «una escuela de resistencia» no sólo en lo político sino también «en el terreno religioso».

En sintonía con la aportación del sociólogo Rafael Díaz-Salazar se encuentra el capítulo de Basilisa López García sobre la *Hermandad Obrera de Acción Católica* (HOAC). López García debe ser considerada, ciertamente, una de las mejores conocedoras de la HOAC, ya que no sólo ha trabajado sobre este movimiento especializado de la *Acción Católica* dentro de España, sino que su tesis doctoral, recientemente

defendida y publicada, ha versado sobre la proyección internacional de la misma. Seis años antes de ello escribió esta aportación en la que recuerda la necesidad de ver en la HOAC el origen y la escuela de la lucha sindical. En ese sentido, una de las grandes aportaciones de la HOAC, si no la mayor, fue la de propiciar el reencuentro entre la clase obrera y la Iglesia, dos entes que en tiempos pasados se habían encontrado bastante alejados a pesar del impacto que había tenido en su momento la *Rerum Novarum* de León XIII.

Si hay un gran conocedor de la *Acción Católica* general, ese es, ciertamente, Feliciano Montero, Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá de Henares. En esta ocasión analiza la evolución de los movimientos juveniles, dejando claro, desde el primer momento, que estos van a ir pasando de manera paulatina de la mera militancia apostólica a un nivel superior como es el del compromiso político. JUMAC, JEC, JACE, etc., todos ellos se irán configurando como trampolines donde se irá gestando, en parte, lo que será la clase política de la transición democrática española. Un proceso que se vería interrumpido de manera muy importante por la crisis de *Acción Católica* de los años 1966-68, que llevaría a la mayor parte de sus militantes a rebelarse contra la jerarquía y, tras comprobar que ésta no estaba dispuesta a realizar cambios sustanciales, a marcharse de manera masiva. Una crisis, por cierto, de la que la AC todavía no ha sido capaz de recuperarse. Si Feliciano Montero le da una perspectiva nacional, Antonio Murcia nos ofrece un análisis local (centrado en Murcia), preguntándose desde el primer momento si realmente se ha dado la importancia que debía darse a la crisis de *Acción Católica* en el conjunto de la historia del franquismo. En parecida sintonía se encuentra la investigación de Enrique Berzal de la Rosa sobre el problema de la HOAC en Castilla y León, un tema que este historiador conoce en profundidad pues fue precisamente sobre esto sobre lo que versó su tesis doctoral. Berzal considera necesario diferenciar dos etapas en este ámbito geográfico: desde finales de los cincuenta hasta finales de los sesenta, en que la HOAC adquiere un papel protagonista y de vanguardia en el campo de las reivindicaciones democráticas en materia social, laboral y política; desde comienzos de los setenta hasta la muerte de Franco, en que la HOAC, según Berzal, se ve en crisis y desbordada por la «atomización» de las fuerzas políticas, movimientos y plataformas sindicales que se disputan el protagonismo en el terreno de la oposición al Régimen. En todo caso, la conclusión a la que llega uno es que la HOAC jugó un papel clave en la lucha por el establecimiento de un sistema democrático en un momento en que sólo las organizaciones eclesiales, en virtud del Concordato de 1953, podían hacerlo.

A partir de aquí se inicia la parte dedicada a lo sucedido en Andalucía, algo que encuentra su explicación en el hecho de que el Congreso fue celebrado en la capital hispalense. Así, José María Castells analiza el caso de *Vanguardia Obrera*, al que califica como «movimiento de oposición “jesuita”» en Andalucía. Castells tiene claro que, aunque *Vanguardia Obrera* posee un carácter nacional, es en Andalucía donde mayor impulso vive: de hecho, cuando esta nace, en 1954, tres de sus nuevos centros son andaluces (Huelva, Úbeda y Alcalá la Real), y, por otra parte, cuando experimenta su mayor apogeo (Congreso de Unificación de las ramas masculinas y femeninas, celebrado en 1968), 13 de los 96 centros participantes son andaluces. Excepción en este panorama andaluz será el caso de alguna Congregación Mariana (en este caso, la «Congregación-Patronato de Nuestra Señora del Buen Consejo y de San Luis Gonzaga»),

que sufre, según José Manuel Ribera, un gran cambio a partir de 1957, cuando el nuevo Director (Padre Francisco de Casso) inicia una profunda reforma basada en dos grandes líneas, la «seglaridad» y el «compromiso».

Pero volvamos a Andalucía. José Hurtado escribe sobre el papel desempeñado por los obreros cristianos en la lucha por la democracia en Sevilla. Un papel que, como reconoce el autor, será tardío debido a la actuación del Cardenal Segura, que retrasará «cuanto pudo» la fundación de la HOAC en Sevilla: de hecho, los centros de Málaga y Granada serían creados seis años antes que el de la capital hispalense. Hurtado sigue con una gran precisión cronológica toda la evolución del movimiento de apostolado seglar en Sevilla y cómo este va colaborando de manera cada vez más estrecha con la clase obrera. Aún así, Hurtado estima que lo aportado no constituye más que una mínima parte de lo que podría escribirse sobre el tema.

A nuestro juicio, una de las aportaciones «estelares» del conjunto de la monografía analizada es, ciertamente, la escrita por José María Javierre. Javierre es un hombre de extraordinaria y dilatada trayectoria, pues fue el periodista que se encontró a Alberto Martín Artajo en el vuelo que el ministro cogió en agosto de 1953 para firmar el en ese momento tan anhelado Concordato de 1953, y cuya crónica de lo vivido sería recogida en las páginas de *Ecclesia*. Fue precisamente durante estos años cuando él también pudo vivir la difícil relación entre el Cardenal Segura y su sucesor en la diócesis hispalense, el todavía obispo José María Bueno Monreal, años más tarde cardenal. Las páginas escritas por Javierre resultan realmente apasionantes y muestran a un Segura con gran personalidad (rompiendo con aquellos mitos sobre su supuesta locura), así como abre surcos para una futura investigación sobre uno de los personajes centrales de la Iglesia de la segunda mitad del siglo xx (Bueno Monreal). Parecida vivencia personal será la escrita por Alberto Iniesta, el Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá que tendría que marchar a Roma ya que su vida o, por lo menos, su integridad física, corrían peligro en el momento de producirse los últimos fusilamientos del franquismo (27 de septiembre de 1975). Iniesta escribe con su habitual estilo didáctico, dando testimonio de lo que fue una época de extraordinaria dificultad para la Iglesia española.

Entre el testimonio de Javierre y el de Iniesta se intercalan varias aportaciones, todas ellas centradas en el caso andaluz. Carmen García Ruiz y Alberto Carrillo examinan los mecanismos que permitieron una activa colaboración entre los católicos y el todavía clandestino sindicato de ideología comunista *Comisiones Obreras* (en concreto, los casos de Málaga y Sevilla); Esteban Tabares, la presencia de los cristianos en el movimiento jornalero y campesino (en este caso, el conjunto de Andalucía); y Francisco Acosta, la experiencia vital de un sindicalista cristiano dentro del movimiento obrero sevillano.

Cierran el capítulo de vivencias personales la hoy eurodiputada Francisca Sauquillo y la hispanista Giuliana Di Febo, aunque esta segunda a través de la ya fallecida María del Carmen García-Nieto (historiadora como ella) y de María Moreno, que sería conocida como la *Pasionaria* de Lora del Río. La obra concluye con unas interesantes reflexiones personales de Carlos Amigo Vallejo, en ese momento Arzobispo de Sevilla y hoy ya «príncipe de la Iglesia» (esto es, cardenal). Amigo, que pertenecía al cuerpo episcopal desde antes de morir Franco (fue el prelado más joven de su momento) aunque estaba ubicado en la lejana Tánger, afirma con rotundidad que la

Iglesia Católica española ha resultado esencial no sólo en el establecimiento de un sistema democrático, sino también en la consolidación del mismo.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ARANDA BUSTAMANTE, GILBERTO CRISTIAN, *Vicaría de la Solidaridad. Una experiencia sin fronteras* (Ediciones Chile América-CESOC, Santiago de Chile 2004), 203p., ISBN: 956-211-114-8.

Hoy es bien sabido que la Iglesia católica española hubo de vivir, durante el Posconcilio, un progresivo y en ocasiones intenso enfrentamiento con el Régimen de Franco a causa de su carácter autoritario y de su pretensión de mantener a toda costa la unión Iglesia-Estado. Pero la Iglesia española no fue la única iglesia que llevó a cabo tal empresa. Hubo otros casos, y quizá uno de los más meritorios y, al mismo tiempo, más brillantes, fue el de la Iglesia chilena. Encabezada por la rutilante figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, personaje que, a nuestro juicio, guarda notables paralelismos con la también rutilante figura del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, el catolicismo chileno, o al menos el sector mayoritario del mismo, fue enfrentándose de manera progresiva al general Augusto Pinochet, máximo representante del gobierno militar, quien no tardó en percatarse que frente a suya estaría no solo la izquierda política, sino también una porción significativa de la Iglesia.

La mejor visualización de dicha política de oposición la encontramos en la Vicaría de la Solidaridad, una vicaría de carácter peculiar que fue creada el 1 de enero de 1976 bajo los auspicios del Arzobispado de Santiago y, por tanto, del Cardenal Silva Henríquez. Esta peculiar Vicaría, que se convertiría en todo un símbolo de la defensa de los derechos humanos en Chile y que acabaría recibiendo galardones del prestigio del Premio Príncipe de Asturias, desarrolló su actividad entre 1976, cuando la dictadura se encontraba en su auge, y 1992, en que, ya iniciada la transición a la democracia en el país andino, se decidió que debía cesar en su actividad al haberse recuperado la normalidad político-institucional. A pesar de su importancia, la Vicaría de la Solidaridad se encuentra todavía en un estado de escasa atención por parte de la historiografía, y en ese sentido el libro que ahora venimos a presentar constituye, si no el estudio definitivo (algo que no creo fuera el objetivo ni siquiera del propio autor), sí una obra de carácter pionera en la cuestión. Gilberto Aranda demuestra a lo largo de todo el libro un evidente talento como historiador y, a pesar de su juventud, una sólida y brillante formación, que es capaz de plasmar con notable habilidad a lo largo de toda la obra.

El autor tiene muy claro el carácter dual de esta institución. Por un lado estuvo lo que era el organismo puramente diocesano, con un alcance referido exclusivamente a lo eclesial. Por otro lado, ese mismo organismo fue capaz de traspasar las fronteras de Chile para contactar con los principales organismos internacionales, buscando en estos foros la promoción y la defensa de los derechos humanos en Chile. Fue precisamente eso lo que le permitió contar con los recursos de más de cuarenta organizaciones humanitarias externas al país andino, y lo que le supuso la obtención del apoyo